



Diario De Aflicción

**Grace M. Rodríguez Vázquez
15 de febrero del 2023
4pm-7pm**

**Sanidad Divina
Profa. Rina García
Primavera 2023**

Antes de comenzar a detallar los procesos y momentos complicados que he tenido que enfrentar en el transcurso de mis años, quisiera iniciar este escrito con palabras de agradecimiento. Estoy totalmente convencida de que, en cada aflicción, Dios estuvo presente. Hoy por hoy, soy lo que soy porque Dios me sanó el alma y continuará perfeccionando la obra que comenzó hasta el día de Jesucristo.

La primera parte de mi aflicción comenzó cuando mis padres, después de 10 años de matrimonio se divorciaron. Yo apenas tenía 1 año y mi hermano 2 años. Mi mamá no aceptó la idea de ser ella quien se quedaría con la casa matrimonial, aunque estaba en todo su derecho y cobertura legal por tener a dos menores de edad. Así que mi padre, le dio su parte monetaria y nos fuimos del país por unos meses. Luego regresamos a la isla a vivir en casa de nuestra abuela materna.

A raíz del divorcio, mi mamá se apartó de los caminos del Señor. Dejó atrás las promesas de Dios, el ministerio que tenía de predicar el evangelio a través de los cánticos, simplemente quedó bajo los escombros de un divorcio. Obviamente en la niñez uno no lograba entender NADA de lo que ocurría, pero fui creciendo y sabía que algo había cambiado. Ya no íbamos a la iglesia, ahora todo giraba en torno a trabajo, y en los días libres, fiestas, música, negocios, diversión para una madre que buscaba llenar vacíos, pero distorsión para la inocencia de unos niños.

Comenzaron a pasar los meses, los años y ahora había comenzado la temporada de ser niños portátiles, unas semanas con mamá y algunos otras con

papá, que por su trabajo terminaban siempre siendo, semanas con abuela. En las semanas con mamá brincaba y bailoteaba al compás de la música en las plazas y fiestas, pero en las semanas con abuela, había escuelitas bíblicas, memorización de versículos, y alabanzas al Señor. En las semanas con mamá ella estaba atenta y trataba de dar lo mejor. En las semanas con papá, él no estaba, pero abuela sí. Cuando cumplí aproximadamente 4 años, mi mamá se enamora y posteriormente, nos fuimos a vivir con su pareja.

El alcohol y los cigarrillos eran el pan del día de la pareja de mi mamá. Seguimos creciendo y las cosas comenzaron a ponerse feas en la casa. Discusiones, odio, gritos, maltratos verbales iban y venían en las semanas con mamá. En las semanas con papá, las escuelitas bíblicas, el pastor, las ancianas de pelo blanco y abuela orando. Continuaron pasando los años, llegó otra hermanita, y todo seguía igual, hasta que cumplí mis 7 años.

Un día jugando con mis hermanos, mamá y padrastro, corríamos por toda la casa tirándonos papeles los unos a otros y recuerdo que era muy divertido, hasta que mamá pidió una pausa para ir a cocinar. Mis hermanos se fueron a sus cuartos y yo me quedé recogiendo los papeles que quedaban en el cuarto de mamá para juntarlos y así poder jugar nuevamente cuando ella terminara de cocinar. Mi padrastro se ofreció a ayudarme a recoger, yo tenía las manos llenas y cargaba los papeles entre mis brazos y el pecho para no dejarlos caer. El se acercó para ayudarme y mientras agarraba algunos de los papeles que yo tenía entre mis brazos y el pecho, el comenzó a tocarme. Recuerdo como si fuera hoy que me dijo:

No tengas miedo, ¿Te gusta?

Recuerdo que no respondí nada, solo me confundí muchísimo, hice como que no pasó nada y me salí del cuarto. No tuve la valentía de decirle nada a mamá por miedo a lo que él pudiera hacer, ya que siempre estaba borracho y peleando por cualquier cosa. Comenzaron a pasar los días, y más las cosas iban siendo incómodas. Recuerdo que en uno de esos días fuimos a una fiesta y al salir comenzaron a discutir bien fuerte, al nivel que la pareja de mi mamá le pegó una bofetada, tan fuerte que le rompió la boca. Cuando comenzamos a gritar mis hermanos y yo, nos gritó diciendo: *Cállense o les pego a ustedes también*. El temor se apoderó de nosotros y ahora todo giraba en torno a lo que el dijera.

Comenzaron los acercamientos sexuales hacia mí con mucha más frecuencia y cada vez sobre pasaba más los límites. En muchas ocasiones cuando yo me estaba bañando él actuaba como si tuviera que utilizar de emergencia el baño para que mamá lo dejara entrar rápido a hacer su necesidad, pero en realidad lo hacía para abrir la cortina del baño y mirarme por unos minutos mientras yo me bañaba. Yo quería gritarlo, pero no podía, yo quería que eso no pasara, pero el miedo me llevó a acostumbrarme, a tal nivel que pensé que era normal. Comencé a encerrarme en mi propio mundo de confusión. Los días con abuela eran de ir a la iglesia, pero siempre me preguntaba porque nadie se daba cuenta de lo que me estaba pasando. Rebeldía, coraje, y distorsión emocional, se apoderaron de mí, comencé a juntarme solamente con varones con la ilusión de que, si actuaba como ellos, ya no llamaría la atención de aquel hombre, pero nada resultaba exitoso.

Siguieron pasando los años y todo seguía igual, hasta que cumplí mis 13 años. Mi mamá tomó la decisión absoluta de terminar con aquella relación tóxica que la estaba llevando a una destrucción segura. Una tarde entre gritos y una fuerte discusión, logramos empacar todas nuestras cosas y nos fuimos de la casa. Mi mamá entró en un proceso de ayudas para mujeres maltratadas y, por consiguiente, reconcilió su vida con Dios. Justo ahí comenzó la restauración de Dios desde adentro hacia afuera para toda nuestra familia. No faltábamos a la iglesia, Dios comenzó a hablarnos de los propósitos que tenía conmigo y con mi familia, creímos con todo el corazón y Dios día a día seguía obrando a nuestro favor, hasta el sol de hoy. A mis 14 años, me enamoré de Jesús, de su palabra, de su presencia. Me bauticé y dejé atrás tanto dolor y heridas que me quemaban por dentro.

Han pasado ya los años desde aquel día, aún recuerdo las primeras promesas que recibí de parte de Dios. En medio de mi proceso de sanidad, Dios comenzó a hablarme de acontecimientos que parecían ser imposibles porque yo no los entendía. Me hablaba de cánticos, ministerio, viajes, predicaciones y un futuro lleno de esperanza. Recuerdo que, en mi primera predicación a mis 15 años, al momento del llamado, la primera persona que apareció en el altar fue aquella que me había quitado la inocencia en mi niñez. Desde ese entonces entendí que antes de Dios utilizarme, quería quebrantarme y hacerme de nuevo. Entendí que Dios quería mostrarme su Gloria, pero antes, estaba mostrándome la condición de mi corazón. Aquella noche oré por aquel hombre, y lo abracé.

El no aceptó a Jesucristo y actualmente no es cristiano, pero aquella noche Dios lo llevó allí, porque sabía que yo tenía unos asuntos que resolver. Nadie sabía nada, era un asunto entre Dios y yo. Terminé de orar y fui al baño de la iglesia, y aquella noche lloré como nunca lo he hecho en mi vida, cada lágrima me hacía más libre. Allí acabo el rencor, y entonces, Dios comenzó a obrar de manera rápida conmigo, comencé a cantar y a predicar. Una pasión se apoderó de mí y yo solo quería hacer su voluntad.

Cuando cumplí mis 19 años Dios me dió la instrucción de hablar con mi mamá con referente a lo que había pasado en mi niñez, obedecí y entramos en una sanidad entre madre e hija, pero Dios no nos soltó en el proceso. Actualmente, tengo 23 años y soy testigo de que quien hizo la promesa, es el mismo que me ha sustentado ahora en el cumplimiento. En los compromisos ministeriales que Dios me da la instrucción, hablo de ese proceso de mi niñez y adolescencia, y ver como lo que un día me hizo llorar, Dios lo utiliza para ayudar en sanidad a otros, es el mayor de los tesoros que he podido recibir en toda mi vida.

De todas las aflicciones, he aprendido que Dios las permitió con un motivo y con un propósito. Aprendí que la revelación de Jesús en nuestras vidas, comienza con una sanidad interior. Aprendí que los procesos dolorosos, jamás cambiarán el cumplimiento de las promesas de Dios. Aprendí, que una de las herramientas más poderosas para lograr alcanzar sanidad plena, es soltar el pasado. De esa aflicción aprendí que la solución estaba en perdonar, una y otra

vez. Aprendí que la sanidad no está en la fuerza, está en la renuncia, está en la entrega.

Pudiera hablar de muchísimos otros acontecimientos, sin embargo, este ha sido el más significativo para mí. A manera de conclusión, sobre todas las cosas, aprendí que para Dios no hay imposibles. La madre rota y herida de la cual hablé al principio ahora es mi pastora. La niña confundida y llena de dolor, ahora es evangelista y viaja a distintos lugares con el mensaje de salvación, porque la aflicción me enseñó que Dios es capaz de sacar belleza de los desastres, la aflicción me enseñó que Jesús es la solución por los siglos de los siglos. AMÉN.